

Aire

Geoff Ryman

Traducción:  
María Ángeles Tobalina



*Dedicado a Doris McPherson  
y a lo que queda de Meadowvale (la original), Ontario, Canadá*

## 1

Mae vivía en el último pueblo en conectarse a la red. Después, el resto del mundo se conectó a Aire.

Mae era la consultora de belleza del pueblo. Aconsejaba sobre maquillaje, vendía cosméticos y vestidos de fiesta. Todas las mujeres de los granjeros necesitaban un vestido elegante por lo menos. Mae diseñaba lo que se llevaba en la capital aunque siempre añadía un toque personal: una bufanda de color verde lima con lentejuelas; o una blusa con encajes y bordados vistosos. Un vestido de gala era para lucirse.

—Somos personas felices y sabemos llevar colores alegres —aconsejaba.

—Sí, es verdad —respondía su clienta, convencida de que la moda reflejaba la alegría de su cultura—. En las fotografías, las japonesas siempre salen tan serias.

—Son tan engreídas —decía Mae, y bajando la cabeza, fruncía el ceño y ambas se reían, sintiéndose las mujeres más sofisticadas del mundo.

Mae sacaba esas ideas, así como el maquillaje y las barras de labios, de sus viajes a la ciudad, pero era un trayecto largo y necesitaba que la llevaran. Cuando Sunni Haseem se ofreció a hacerlo a cambio de un recorrido «de belleza» por la ciudad, no le quedó más remedio que aceptar. Entre otras cosas, tenía que recoger un vestido de novia.

Sunni pertenecía a una antigua familia del pueblo, pero su marido era un bruto nacido montaña abajo que fumaba cigarrillos sin parar, cuyos dedos amarillentos, gruesos y ajados, recordaban el cuello de una tortuga. En el asiento de atrás con Mae, Sunni se reía, nerviosa, daba golpecitos y resplandecía ante la idea de ir a la ciudad con la amiga y confidente que iba a desvelarle sus secretos de belleza.

Mae sonreía y susurraba, alentadora.

—Espero que mi proveedora esté hoy —dijo—. Me trae unos colores que no se encuentran en ninguna otra parte. No le pregunto dónde los consiguen. —Bajó la vista y la voz—. Creo que su marido...

Un gesto ambiguo, que significaba que tal vez los robaba —¿Quién sabe?— de alguna remesa destinada a un diplomático extranjero. Las puntas de los dedos de Mae repiquetearon una vez, provocadoramente, en el brazo de su clienta.

La ciudad se llamaba *Yeshibozkent*, que significaba Ciudad del Valle Verde. Se llegaba a ella por corredores de bloques de apartamentos enormes construidos sobre una tierra desierta y beige. Había vallas publicitarias, una cárcel nueva, discotecas decoradas con bolas de espejos, letreros luminosos en las tiendas y todo terrenos *Toyota* que escupían humo azul.

El centro de la ciudad era tal y como Mae lo recordaba en su infancia. Las casas tradicionales de madera se amontonaban tortuosamente; los tejados y los hastiales estaban cubiertos con tablas de madera; los letreros de las tiendas eran diminutos, descoloridos y a veces estaban escritos a mano y la antigua plaza del mercado aún se llenaba de campesinos que vendían verdura sobre una estera. Los hombres de mediana edad todavía jugaban al ajedrez en las terrazas de los cafés y los grupos de jóvenes seguían rondando.

El viejo sistema de megafonía aún funcionaba. Los altavoces emitían noticias y música con un sonido ronco que, desde lo alto de los postes eléctricos, se extendía por la ciudad anunciando acontecimientos públicos o nuevas medidas contra los traficantes de droga. Contaban los progresos de la nueva autopista y se enorgullecían de la presencia de los artistas conocidos que visitaban la ciudad.

El señor Haseem aparcó cerca del mercado, y la megafonía se introdujo en los pulmones de Mae igual que el humo, el perfume o la laca para el pelo. Salió de la furgoneta e inspiró. Sentía en el estómago la emoción de estar en la ciudad. La megafonía la entusiasmó tanto como los bramidos de los compradores, los granjeros y los burros; tanto como el olor de la gasolina, de la verdura cortada y de las alcantarillas. Ella y su cliente, ambas de mediana edad, se miraron boquiabiertas y se rieron de sí mismas.

—Ahora —dijo Mae, acariciando el pelo de Sunni y su mejilla—, ha llegado el momento de un cambio total. Vamos a transformarte. No puedo hacer un trabajo tan fino en las montañas.

Llevó a su cliente a *Halat's*, una peluquería como cualquier otra. Halat la saludó con gritos y sonrisas y besos en las mejillas, lo que prometía un trato especial para su cliente. Hubo un remedo de consultoría. Mae ofreció consejo, comentarios, precauciones, *¡cuidado! ¡Tiene una piel muy delicada! El pelo necesitaría más moldeador ahí.* Halat asentía como si percibiera en ese momento lo que antes estaba oculto y accediera a dar a su cliente lo que de todas formas pensaba darle. Las uñas de Sunni estaban en remojo y ella, sentada como una reina, era el centro de atención.

La peluquera, naturalmente, le cobraría más. Mae nunca había tentado a la suerte pidiéndole un corte de pelo. Un brillo en la mirada de Halat le decía que no valdría la pena. A cambio, Mae ganaba reputación, algo que le reportaría más trabajo.

Sunni, con los ojos cubiertos por rodajas de pepino, estaba a buen recaudo. Así que Mae anunció:

—Tengo que hacer unos recados. Relájate y olvídate de todas las preocupaciones. Desapareció antes de que Sunni pudiera protestar.

Corrió a recoger el vestido. La señorita Soo, una chica discapacitada, muy buena costurera, había abierto un pequeño negocio por su cuenta.

La pobre señorita Soo, delgada como un fideo y torcida, agradecía cualquier encargo. Después del saludo habitual, se apresuró y se arrastró cojeando hasta la parte trasera de la tienda para coger el vestido. Los pies hacían ruido al rozar con el suelo desigual de cemento. *La pobre*, pensó Mae *¿Cómo podrá coser?*

Aun así, la señorita Soo tenía un novio en el *verdadero* mundo de la moda, lejos, en la capital, *Balshang*. La chica le enseñaba su foto a menudo: era como la de las revistas. El chico era muy guapo, llevaba una camisa impecable y un peinado de peluquería. Ella insistía en que estaba ahorrando para reunirse con él. Era un misterio para Mae lo que un chico como aquel hacía con una novia minusválida *¿Por qué seguía en contacto con ella?* En público, Mae les decía a sus amigas: es el milagro del amor, qué gran corazón debe tener él. Se guardaba para sí su consejo: *harás muy bien en no visitarle en Balshang*.

Él le enviaba diseños de vestidos, fotografías, revistas, o incluso catálogos enteros. Tenía uno especialmente querido; un muestrario. La cubierta era dura y mostraba a todo color lo mejor del diseño de la moda nacional.

Para ser unas modelos tan ricas y tan delgadas eran como fantasmas. Iban medio dormidas, como si todo el peso de su riqueza recayera en sus párpados. Podrían pasar por mujeres occidentales o japonesas y sin embargo eran unas compatriotas de piernas largas, modernas, tan etéreas, que daban la impresión de estar hechas de aire.

Mae odiaba esa ropa. Parecía confeccionada con toallas mojadas de color ocre amarillo o gris, y sin rastro de adornos.

Suspiró, lamentándose.

—¿Por qué estas ricachonas van en ropa interior?

La chica arrastró los pies de vuelta con el vestido, atravesando pilas de ropa de color ocre amarillo que no había vendido. La señorita Soo tenía la cara delgada, llena de dientes, y parecía que siempre estaba asustada.

—Si eres rica no necesitas aparentar que lo eres —dijo con suavidad. Sin querer, hizo que Mae se sintiera como una cateta. Deseó escapar, ser otra persona, porque la verdad es que la chica tenía un talento natural y conseguía saber sin esfuerzo lo que debe saber una mujer de mundo.

—Ah, sí —suspiró—, pero mis clientes, ya sabe, viven en las montañas. —Ambas se dirigieron una sonrisa cómplice— ¡Menudo gusto tienen! Por cierto, vamos a echarle un vistazo a este primoroso vestido de novia.

El vestido recordaba por completo una tarta de boda. Era rosa y blanco como el azúcar en polvo, solo que se movía. Nubes blancas de tul rodeaban unos cordones blancos con borlas sintéticas en los extremos.

—¿Tiene que ser tan recargado? —preguntó la chica insegura, envalentonada por la sonrisa de Mae.

—Conozco a mis clientes —replicó Mae, con tranquilidad. Este vestido ha costado mucho trabajo, pensó. Inspeccionó la labor. La costura era exquisita, parecía que las piezas de tela blanca fuesen de crema que se había fundido al unirse. La pobrecilla cosía de maravilla, aunque odiara el vestido.

—Está muy bien —dijo, y sacó el monedero.

—Es usted muy amable —murmuró la señorita Soo, inclinándose levemente. Al igual que ella, la señorita Soo era de origen chino. Esto no debería importar, pero de alguna manera, importaba. Ambas sabían lo que podían esperar la una de la otra.

Envolvió el vestido en papel marrón y lo ató cuidadosamente para que no se arrugara. Se despidieron y Mae volvió corriendo a la peluquería. Acababan de terminar con Sunni, que estaba envuelta en una nube de laca y perfume.

—Este es el vestido —dijo, y abrió el paquete por un lado para que Sunni y Halat pudiesen ver el tul y las borlas.

—¡Oh! —dijo la mujer, al evocar toda aquella blancura las nubes de una ensoñación.

Pagaron. Hubo sonrisas, gestos y cumplidos y después se fueron.

Fuera de la tienda, Mae respiró sintiéndose libre al fin para decir lo que pensaba.

—¡Uf! Es buena, la muy víbora, pero tienes que vigilarla para que trabaje. ¿Te ha atendido bien?

—Ah, sí, estupendamente. Tengo mucha suerte de tenerte como amiga —dijo Sunni—. Deja que te pague algo, por las molestias.

Mae siseó.

—No, no, no he hecho nada, ni hablar. —Era una especie de ritual.

No era lo que se dice un sueño reunirse con el malhumorado marido de Sunni. El señor Haseem tenía la cara roja y estaba ya medio borracho en un bar de paredes desnudas, viendo la televisión.

—Te has quedado con mi dinero —le espetó. Miraba a Mae.

—Mi amiga Mae no se ha quedado con nada —replicó Sunni secamente.

—Se lleva una comisión de lo que te cobran. —El señor Haseem se encendió por la rabia.

—Hace que me cobren menos, no más —contestó Sunni, endureciendo su rostro.

Las dos mujeres intercambiaron miradas. Los ojos de Mae decían, *¿Cómo puede soportarlo una mujer culta como tú?*

*Es mi cruz*, respondían con dolor unos ojos avergonzados.

Así que se sentaron mientras al marido se le pasaba la borrachera y vieron la televisión. Mae reflexionaba sobre la hostilidad del marido hacia ella y cuál podría ser la causa.

En la pantalla, la presentadora local de las noticias hablaba. *Talentos*, llamaban a los presentadores. Llevaba un vestido rojo con un broche grande y dorado. La habían peinado levantándole el pelo en una onda para dejarlo caer después. Iba acicalada con esmero. Hablaba en un tono alto, con desenvoltura, mostrando una dentadura perfecta.

—También va a *Halat's* —le dijo Mae a Sunni en voz baja. Mapas del tiempo, tomas del presidente condecorado y de todo el gabinete, uno por uno, adoptando grandes decisiones.

Los hombres del bar eligieron la película que querían ver. Esto solo era posible gracias a los satélites, que así habían arruinado las visitas a la ciudad. Antes, los

hombres tenían que sentarse a ver algo que los niños o las familias quisieran ver también, todos se reunían para ver la televisión. Los bares eran más civilizados. Ahora, las mujeres casi no veían la tele en absoluto y en los bares corría la bebida. Los hombres eligieron otra película de kung fu. Mae y Sunni la soportaron, dando sorbitos a una Coca-Cola. Quedaba claro que el señor Haseem no las invitaría a comer.

Finalmente, ya avanzada la noche, él se desplomó en su asiento de la furgoneta y las condujo, imparable y peligrosamente, de vuelta a las montañas, haciendo eses por el camino.

—Tú sacas tajada de todo esto —le dijo a Mae.

—Yo... Saco algo distinto. Intento mantener la categoría del pueblo. No quiero que la gente piense que somos unos pueblerinos, solo porque vivimos carretera arriba.

El marido de Sunni soltó una carcajada.

—¡Somos pueblerinos! —y añadió—. Lo haces por dinero.

Sunni suspiró avergonzada y Mae sonrió para sí con amargura en la oscuridad. *Sigue, marido de Sunni. Tú lo que quieres es la tierra de mi marido. Quieres que sea tu empleado. No quieres que el dinero de tu mujer venga a mis manos para impedirlo. Quieres convertirnos a mi marido y a mí en tus esclavos.*

Es una sensación muy extraña la de pasar cuatro horas en la oscuridad escuchando el rugido de un motor dirigido por un hombre que quiere destruirte.

A finales de mayo, terminó el colegio.

Había al menos seis chicas que se graduaban y todas necesitaban un vestido nuevo. La señorita Soo estaba haciendo dos de ellos; Mae tendría que hacer los otros cuatro, para lo que debía comprar la tela. Tenía un móvil, un signo inequívoco de estar a la moda, pero necesitaba que la llevaran otra vez a *Yeshibozkent*.

El señor Wing iba a ir a la ciudad a recoger una televisión nueva para el pueblo que iba a estar conectada a la Red. Era un político a su manera. Había solicitado una ayuda estatal para establecer una empresa que proporcionara servicios de información al pueblo. Se llamaría *Comunicaciones Golondrina*, y los habitantes del pueblo decían que le haría rico.

Kwan, su esposa, era una de las amigas más queridas de Mae: era inteligente y sensible; no había que disimular con ella. Mae estaba encantada con el viaje.

El señor Wing aparcó la furgoneta en la plaza del mercado. Cuando Mae buscaba su sombrero en la parte de atrás, oyó el sistema de megafonía. La voz de la *Talento* chillaba.

—...un tremendo avance para la cultura —decía—. Ahora el Valle Verde no está más lejos del centro del mundo que París, Singapur o Tokio.

Mae suspiró,

—Mmm. A otro perro con ese hueso.

Wing estaba de pie fuera de la furgoneta, más tieso que un palo en su camisa marrón de los domingos.

—Quiero oír esto —dijo, sonriendo ligeramente, dando caladas al cigarrillo.

Kwan agitó el aire con la mano.

—Esos sistemas tan modernos también dicen que fumar es peligroso. Ojalá escucharas todas las noticias con la misma atención.

—¡Sssh! —insistió.

La alegre voz femenina sonaba entusiasmada:

—Antes, todos los avances dejaban al Valle de lado por problemas con los cables y la maquinaria. Pero este sistema estará en el aire que respiramos. Será como tener Televisión en la cabeza. Todo lo que necesitamos son los cables de la mente humana.

Kwan recogía sus cosas.

—Cuánta tontería —murmuró.

—*El próximo domingo se hará una prueba. Tendrá lugar en Tokio, en Singapur, y también aquí en el Valle al mismo tiempo. Lo que Tokio vea y oiga, lo veremos y lo oiremos nosotros. Dígaselo a todos: el próximo domingo habrá una prueba. No hay razón para asustarse, alarmarse o sentir pánico.*

Entonces Mae prestó atención. Había algo que temer si por megafonía decían que no lo había.

—¿Qué prueba? ¿Qué clase de prueba? ¿Qué? ¿Qué? —preguntaba la mujer al marido.

El señor Wing aparentaba tranquilidad y mantenía un aire de superioridad masculina. Se rió.

—Ja, ja, ¿ahora os interesa?

Otro hombre miró y sonrió.

—Deberían ver más la tele —les dijo. Vendía rábanos y los agitaba ante las mujeres.

Kwan preguntó:

—¿De que están hablando?

—Quieren ponernos televisión en la cabeza —dijo el marido, sonriendo. Miró hacia abajo pensando, quizá melancólico, en su propio negocio—. No se ha hablado de otra cosa en televisión desde hace un año, pero no creí que ocurriera.

Todo el mercado antiguo se alzó en un murmullo, como las moscas sobre la carroña, como si los cogiese de nuevas. Dos jóvenes que llevaban una ropa suelta y extraña giraron sobre sus talones y chocaron las palmas en un gesto que Mae había visto solo una o dos veces antes. Una anciana hizo un gesto de desprecio y siguió acusando al vendedor de engañarla con el peso.

Mae tuvo serias dudas.

—Televisión en la cabeza. Yo no quiero televisión en la cabeza. —Pensaba en las presentadoras viperinas y en el kung fu.

Wing dijo:

—No es solo televisión. Es más aún. Es el mundo entero.

—¿Eso qué quiere decir?

—La Red, en tu cabeza. Los tontos y los borrachos de esta zona no entienden nada; para ellos no es más que una palabra que usan para parecer modernos, pero puedes verlo en los cafés. La Red lo es todo. —Titubeó.

— ¡Explícate! ¿Cómo puede una cosa ser todas?

Había una multitud escuchando.

—Lo tiene todo. Ya lo verás en nuestro televisor nuevo. Será una televisión en Red. —La verdad es que el marido de Kwan tampoco sabía gran cosa.

La rutina diaria se había paralizado. Halat, la peluquera, estaba de un humor raro, se reía sin motivo, parlotecía y le castañeteaban los dientes como cuando tenía frío.

—Bah, tonterías —le dijo a Mae, volviendo a actuar como acostumbraba—. ¿Es para una boda? ¿Para una fiesta?

—No —dijo Mae—. Es para una buena amiga.

La muy lagarta puso ambas manos a los lados de su boca, simulando asombro.

—¡Oh! ¡Ah!

—¿Vas a hacerle algo especial sí o no? —preguntó Mae. Se leía en sus ojos, *no veo más clientas en tu peluquería*.

Ah, como le hubiera gustado decir:

—Estoy muy ocupada. Si necesitas algo especial, vuelve mañana. —Pero el dinero pudo más. Halat dulcificó el tono.

—Por supuesto. Lo hago por ti.

—Te traigo a mis amigas porque trabajas muy bien.

—Por supuesto —dijo la chica—. Con estas noticias, me olvido hasta de mí misma.

Mae se enderezó y pareció amenazadora, severa; en una palabra: mayor. Todo su cuerpo decía, *pues no te vuelvas a olvidar*. La forma en que la chica separaba las mechas del pelo con el rabo del peine respondía, *Palurdas*.

El resto del día no fue muy bueno. Mae estaba cansada, distraída. Cometió un error terrible cuando, al no tener nada más que hacer, llevó a Kwan sin darse cuenta al sitio donde compraba las barras de labios.

—¡Eh! ¡Esto es un hallazgo! —exclamó Kwan.

*Seré idiota*, pensó Mae. Kwan era buena y no se aprovecharía, pero, ¡si hablaba!... Había clientas que no serían tan buenas, por no habérselo enseñado también a ellas.

—No traigo a nadie aquí —susurró Mae—, ¿eh? Esto es solo para las buenas amigas.

Kwan era buena, pero no estúpida. Mae recordaba que en la escuela, Kwan siempre era la mejor en todo. Se estaba probando unas pestañas postizas frente al espejo y dijo, simple y llanamente:

—No te preocupes. No se lo diré a nadie.

Fue más que simple y llano. Era como si Kwan dijese, *experta en moda y belleza, ya te conocemos todos*. Miró alrededor, le sonrió, y pestañeó divertida.

—No te quedan bien —dijo Mae—. No necesitas pestañas postizas.

La vendedora quería vender.

—No le haga caso —le dijo a Kwan.

*Total*, pensó Mae, *yo solo le compro cosméticos por valor de cincuenta riels al año*.

—Mi amiga tiene razón —dijo Kwan a la vendedora. La verdad, era casi tan guapa como las de las revistas, salvo por los dientes y las legañas.

—Gracias por enseñarme esto —dijo tocándole el brazo a Mae.

—Gracias —le dijo a la vendedora, tras comprar una humilde barra de labios.

Clienta y vendedora se miraron brevemente. *La próxima vez iré a otro sitio*, se prometió Mae.

Lo peor vino después. El marido de Kwan, un hombre algo estirado, no era de beber. Estaba en el café acordado a la hora prevista, tomando un té después de haberse cortado el pelo y afeitado en un barbero.

Un joven llamado Sloop, perteneciente a una tribu, estaba con él. Sloop era un técnico de telefonía y por tanto, un miembro de la aristocracia para Mae. Iba a conectar la televisión nueva. Sloop dijo, con voz femenina:

—Funciona como el móvil, sin cable. No se puede usar cable en las montañas. Antes de MMN, no había bastante espacio en la línea para la tele. —Para Mae era como si estuviera hablando en otro idioma.

El señor Wing seguía alegre.

—Venid —les dijo a las mujeres—. Os enseñaré de qué va todo esto.

Subió a la televisión comunal y la encendió con el ademán de un experto. Lo que se vio no fueron las noticias locales, sino una pantalla llena de botones.

—¿Veis? Podéis elegir lo que queráis. Se puede elegir cualquier cosa. —Tocó la pantalla.

Apareció la *Talento* local, mostrando su dentadura perfecta. Empezó a hablar en un tono enérgico, con una voz entusiasta dirigida a atraer la atención de los hombres y de los jóvenes, mucho más prometedores:

—*Hola. Bienvenidos al Servicio de Información Airnet. Durante mucho tiempo el mundo se ha dividido entre los que tienen información y los que no.* — Alzó una mano hacia los cielos de la información y con la otra apuntó a los ciudadanos de Valle Verde, invitándolos a considerarse entre los que no.

—*Los que viven en el mundo desarrollado pueden usar su televisor para encontrar la información que necesiten en cualquier momento. Para ello utilizan la Red.*

Siguió un momento de desconcierto. Había círculos y cuadrados unidos por cables en los diagramas. Entonces saltaban hacia el cielo, en el aire, solo que el aire estaba lleno de arcos. Lo llamaban *el Campo*, pero no se parecía a un campo en absoluto. En *Kazirstaní*, se llamaba el *Flujo de Rayos*, el *Campo que anhela un Punto Cardinal*.

—*En todo el mundo* —Entonces se veían rayos cayendo sobre la cabeza de la gente —. *Se han realizado muchas pruebas médicas para demostrar que no es peligroso.*

—¿Fulminar a la gente con rayos? —Preguntó Kwan con ironía— Nada peligroso, seguro que no.

—Es el formateo que utiliza el *Campo que anhela* —dijo Sloop—. Solo se hace una vez. Realiza un mapa completo de la mente, que es lo que existe en *Aire*, y *Aire* tiene lugar en otras dimensiones.

—¿Qué?

—Hay once dimensiones —comenzó a explicar, aun viendo la inutilidad de ello—. Son las que quedaron después del *Big Bang*.

—Ya sé lo que puede interesarlas, señoras —dijo el marido, y con otro ademán, tocó la pantalla—. Podréis tener esto en la cabeza siempre que queráis.

De repente la pantalla se volvió de color crema.

Una de las damas de la capital giró sobre su tacón alto. Llevaba puesto lo mejor del diseño nacional. Era una de las mujeres del tan querido libro secreto de Mae.

—¡Oh! — exhaló Kwan—. Mira, Mae, ¿no es precioso?

—Este canal está dedicado exclusivamente a la moda —dijo su marido.

—¿Todo el tiempo? —exclamó Kwan, y volvió a mirar a Mae asombrada. Por un momento, miró hipnotizada la pantalla, viendo su propia cara reflejada sobre la de las modelos. Después, afortunadamente, volvió en sí.

—¿No resulta aburrido?

Su marido se rió.

—Puedes escoger algo diferente. Cualquier otra cosa.

Todo ocurría muy deprisa y las entrañas de Mae fueron más rápidas que su cerebro en llegar a una conclusión: Kwan y su marido lo aceptarían sin problema.

—Mira — dijo él—. El sistema *Dos Vías* hace que puedas comprar el vestido.

Kwan sacudió la cabeza asombrada. En ese momento una voz dijo el precio y Kwan se quedó boquiabierto de nuevo.

—Ah, sí, lo único que tengo que hacer es vender una de nuestras cuatro granjas, y tendré un vestido como ese.

—Yo lo vi hace dos años —dijo Mae—. Es demasiado sencillo para nuestros gustos. A nosotras nos gusta lucirnos ante la gente.

La cara de Kwan se entristeció.

—Eso es porque los de las montañas somos pobres —. Era una queja común, la triste certeza de todos.

Algunas veces había que dejar los negocios a un lado porque, después de todo, conocías a la gente de toda la vida.

Mae dijo:

—Ninguna de ellas es tan guapa como tú, Kwan —. Era verdad, salvo por la dentadura.

—Zalamerías de una consultora de belleza —dijo Kwan con suavidad, pero le cogió la mano. Sus ojos delataban su deseo ante la pantalla, a medida que se derramaba secreto tras secreto, como gotas de sangre.

—Con todo esto en la cabeza —le dijo a su marido—, no vamos a necesitar tu televisor.

Fue una semana agitada.

No fueron solo los seis vestidos. Por alguna razón, había mucho trabajo extra.

El miércoles, Mae tenía que hacer una visita matinal discreta a Tsang Muhammed. Le gustaba Tsang. Parecía un melocotón demasiado maduro, redon-

do y blando al tacto, ligeramente arrugado. Todo en ella resultaba chocante. Tenía un marido *Karz* muy religioso, diez años mayor que ella. Era musulmán pero permitía, o tal vez no podía impedirlo, que su mujer china tuviera un cerdo.

El cerdo de la familia engordaba en la habitación delantera: la mitad del cuarto estaba lleno de peladuras. Tenía un aspecto señorial, satisfecho de sí mismo. El hijo de Tsang, de 4 años, se sentó dócilmente a su lado para darle hojas verdes, como si el animal no fuera capaz de encontrarlas solo.

—¿Podemos hablar? —susurró Mae, mirando de reojo al niño.

—¿Quién es? —continuó.

Tsang se limitó a menear un dedo.

Así que era alguien conocido. Mae sospechaba que era el hijo mayor de Kwan, Luk. Tenía ya 16 años, pero lo llevaban con camisa blanca, bien planchada y pantalones cortos, como a un crío. Los pantalones dejaban ver el vello que asomaba en unas pantorrillas de futbolista. Su cara era redondeada y suave todavía, con apariencia infantil, aunque últimamente se traslucía en ella una gran confusión.

—Tsang, ¡oye! —se asombró Mae.

—¡Sssh! —Tsang se rió, roja como un tomate. Las dos se entendían sin palabras — ¡Necesito ponerme guapa! — Así que era alguien más joven.

Casi seguro que era el hijo de Kwan, un chico muy guapo.

—Bueno, alguien tiene que enseñarles —susurró Mae.

Tsang estalló en una risita que casi no podía contener.

—No hace falta que te maquille. Tienes las mejillas de un rojo vivo —dijo Mae.

A Tsang se le escapó una risotada como un graznido.

—No hay nada mejor para el cutis de una mujer —Mae hizo ademán de recoger sus útiles de trabajo—. No, no puedo mejorarlo. No puedo competir con los efectos de cierto jovencito.

—No hay nada... nada...—jadeó Tsang— ...¡como una buena polla!

Mae dio un grito para parecer escandalizada y Tsang chilló, y las dos chillaban y se tapaban las mejillas, y se mandaban callar la una a la otra. Mientras tanto, Mae se fijaba en la parte de las mejillas que estaba sonrojada para saber dónde poner luego el colorete.

Mientras Mae la pintaba, Tsang le explicó cómo se escabullía de su marido.

—Le digo que voy a buscar basura fresca para el cerdo —murmuró Tsang—. Así que salgo con el cubo vacío...

—Y vuelves con el cubo lleno —dijo Mae alegremente.

—¡Eh! —Tsang hizo el gesto de pegarla—, ¡eres peor que yo!

—¿Qué crees que hago yo en la ciudad? —mintió Mae, arqueando una ceja.

*El amor*, pensó luego, mientras caminaba de vuelta cargando con su saco de secretos de belleza, *el amor no es para mí*. Pensó en las pantorrillas desnudas del chico.

El jueves, Kwan quiso que le pasara la seda dental. Era una novedad. Kwan nunca había sido presumida. Mae se enterneció, porque eso quería decir que su amiga se estaba haciendo vieja. ¿O era porque había visto en la tele a aquellas

modelos de dentaduras de ensueño? ¿Cómo podía la gente normal tener una dentadura así?

El hijo de Kwan, tan guapo, se agachó al entrar. Los pantalones cortos mostraban los muslos firmes y lisos, y un sudor secreto en la ingle. Se agachó de nuevo al salir. *Culpable*, pensó Mae. *Seguro que es él.*

Le colocó la cabeza a Kwan sobre una almohada, con una toalla por debajo.

*¿No debería avisar a su amiga para que vigilara a su hijo? ¿A qué amiga debería traicionar?* Sacudió la cabeza, pensativa. No podía elegir. Lo único que podía hacer era callarse.

—Avisame si te doy en un nervio —le dijo.

Tenía la dentadura de un caballo viejo, desgastada, marrón, casi negra. Las encías estaban marcadas por una enfermedad infantil, y los dientes bailaban cuando pasaba la seda dental entre ellos. Mae había puesto una bolsita donde tiraba la seda una vez usada.

Tenía que llevar ella la conversación porque Kwan no podía hablar. Le dijo que no sabía cómo iba a terminar los vestidos a tiempo. Las madres de las chicas nunca están satisfechas, todas querían que su hija tuviera lo mejor. Bueno, al final, las ricas tendrían lo mejor porque habían comprado el mejor paño. ¡Algunas querían pagar la tela después! ¡Como si ella pudiera permitirse comprar tela para seis vestidos sin cobrar!

—Se creen que una consultora de belleza y moda es millonaria.

Mae a veces encontraba divertido el malentendido. Los ojos de Kwan se arrugaron sonrientes; pero estaban húmedos del dolor. Le estaba haciendo daño.

—Deberías haberme dicho que te dolían los dientes —le dijo, e inspeccionó las encías. En la parte de atrás, estaban al aire.

—Si fueses rica, Kwan, tendrías una buena dentadura; los ricos no pierden los dientes, y se los arreglan para tenerlos blancos, no marrones. —Mae le apartó un mechón de la cara.

—Voy a tener que quitarte algunos —le dijo con calma—. Hoy no, pero pronto.

Kwan cerró la boca y tragó saliva.

—Pareceré una anciana —dijo, y dibujó una sonrisa.

—Una anciana con bastón.

—Que se tapa la boca al reírse.

Las dos se rieron.

—Y con unas gafas gruesas que te hacen ojos de pez.

Kwan apoyó la mano en el brazo de su amiga.

—¿Recuerdas, hace años? Nos juntábamos todas y hacíamos barquitos de papel o con conchas. Les poníamos velas, y los hacíamos navegar en las acequias.

—¡Sí! —Mae se estiró en su asiento—. Ya no hacemos esas cosas.

—Tampoco nos ponemos ya almohadas sujetas con una faja.

Había por aquel entonces una *Fiesta de los Deseos* todos los años, y las acequias se llenaban de velitas resplandecientes, que flotaban un rato y después se hundían con un siseo.

—Siempre pedíamos amor —dijo Mae, recordando.

A la mañana siguiente, Mae le mencionó los barquitos de los deseos a su vecina, la anciana señora Tung. La visitaba casi todos los días. Había sido su profesora durante su agitado paso por la escuela. Tenía 90 años, y se pasaba el día vuelta hacia el ventanuco que daba al valle. Estaba ciega, tenía los ojos blancos y desenfocados. No podía ver nada pero quizá respiraba el aroma de los campos.

Cuando Mae le recordó los barquitos de los deseos, la señora Tung añadió,

—Tostábamos semillas de calabaza y las que no nos comíamos, las utilizábamos para hacernos joyas. ¿Te acuerdas?

Era aún muy guapa, por lo menos a los ojos de Mae. Su cara se había hecho incluso más delicada con la edad, como el esqueleto de un gato, pequeño y fino. Transmitía la sensación de una gran felicidad al reírse constantemente por cualquier cosa. Se repetía.

—Recuerdo el primer día que te acercaste a mí —dijo. Antes de que existiera la escuela de Shen, la señora Tung había montado una guardería en el patio—. Pensé, «¿es esa la hija del hombre que han asesinado? Es tan linda». Recuerdo que estabas mirando todos mis vestidos en el tendedero.

—Y me preguntó cuál me gustaba más.

La señora Tung se rió.

—Ah, sí, y dijiste que el de las mariposas —La ceguera la obligaba a ver solo el pasado. —Teníamos pistas de tenis, ¿sabes? Aquí, en *Kizuldah*.

—Ah, ¿sí? —Mae se hacía de nuevas.

—Sí, sí. Cuando los chinos estuvieron aquí, justo antes de la llegada de los comunistas. Una parte del ejército chino se quedó aquí, y las construyeron. Todos jugábamos al tenis, con el uniforme del colegio.

Los oficiales chinos nos dieron las raquetas. Las pistas estaban ahora destruidas y había crecido la hierba, allí, donde el señor Pin tiene ahora su taller de coches.

— ¡Ay! Eran tan guapos, todas las chicas del pueblo estábamos enamoradas de ellos — se rió la señora Tung—. Yo no debía tener más de 10 años y uno de ellos me adoptó porque decía que me parecía a su hija. Me mandó un osito de peluche después de la guerra —Se rió y movió la cabeza—. Yo ya era demasiado mayor para osos, pero le dije a todo el mundo que era porque íbamos a casarnos. ¡Ah! — La señora Tung sacudió la cabeza ante su locura— Ojalá me hubiera casado con él —confesó, traviesa. Siempre lo decía.

La señora Tung tenía la facultad de hacer que Mae se sintiera tranquila y protegida. Procedía de una familia culta y una vez tuvo una casa llena de libros. Los libros se perdieron todos en una inundación hace muchos años, pero todavía podía recitarle poemas turcos, *karzistaníes* o chinos. Había sentado a la pequeña Mae sobre sus rodillas y la había acunado. Podría recitar los mismos poemas en este momento.

«Escuchad el caramillo», comenzó, «¡Cómo cuenta la historia!» Su cara anciana y ciega se mecía con las palabras del principio de *El Mathnawi*. «Esta música es el fuego, no es el viento».

Mae deseó:

—¡Ah, ojalá recordara yo todos esos poemas! —Cada vez que veía a la señora Tung, volvía a la mejor parte de su infancia.

Después Mae visitó a los Ozdemir para una prueba.

La madre se llamaba Hatijah, y la hija, Sezen. Hatijah era tímida y lenta, y le aterrorizaba que Mae le cobrara de más y no poder estar a su altura en el trato. Su casa baja era antigua, de piedra, con un fuerte olor a carbón ardiendo, a sudor, a estiércol y a té. Desde detrás de la casa llegaba el balido agónico y constante de la cabra. Necesitaba que la ordeñasen. La voz del pobre animal se volvía cada vez más dura y más perentoria. Hatijah parecía no oírlo. Tenía cuatro hijos y un marido flaco y perezoso que probablemente tendría lombrices. La mitad de la habitación principal estaba abarrotada de mazorcas. Su hijo menor llevaba solo una camiseta y se sentaba con el trasero sucio en el maíz.

*¡Qué casa más sucia!* Quizá Hatijah era un poco simple. Le ofreció maíz tostado. *No con la caca de tu hijo húmeda en ella*, pensó Mae, pero se esforzó en ser educada.

La hija, Sezen, entró descalza para la prueba, con el vestido puesto. Era de un tono amarillo limón que quemaba la vista. Sezen era robusta, con aspecto de bruta y paseaba la vista en todas direcciones: hacia su madre nerviosa, hacia Mae que se esforzaba para que el vestido amarillo cayese como debía o hacia cualquier cosa que dijeran los adultos.

—Mañana... te... eso... —Trató de decir la madre.

*Sí*, pensó Mae con algo de amargura, *mañana Sezen tendrá que lavarse al fin*. Los pies descalzos estaban atravesados por cortes infectados.

—Mi madre dice que me maquilles —dijo Sezen, y parpadeó, porque el pelo despeinado se le metía en los ojos.

—Sí, por supuesto —dijo Mae bruscamente a la joven, que le pareció muy impertinente.

—¿Y qué pasa con las otras chicas que están para el mismo día? Nosotras somos pobres...

Los ojos de la chica parecían enfadados. Mae tomó aliento.

—Nadie puede hacerte sentir inferior si tú misma no crees que lo eres. —Era algo que la señora Tung le había dicho cuando ella era pobre y se desesperaba.

—Quítate el vestido —añadió—. Tengo que llevármelo para acabarlo.

Sezen se lo quitó allí mismo, y se quedó desnuda sobre el suelo sucio. Hatijah no la reprendió, sino que volvió a ofrecerle té a Mae. Como había rechazado el maíz, tuvo que aceptar. Por lo menos había hervido.

Hatijah salió a buscar la tetera negra y su hija se echó hacia atrás con insolencia, mostrando un pubis supuestamente virginal tan pelado como el culito de un bebé.

Mae se concentró en el vestido, doblándolo para no verla. La chica no dejaba de mirarla. Mae no pudo más.

—¿Quieres que la gente te vea? ¡Ve a ponerte algo!

—No tengo nada más —dijo Sezen.

Sus hermanas habían ido a la ciudad a comprar los regalos de graduación. Se habían llevado los únicos vestidos decentes de la familia.

—¿Quieres decir que no tienes nada que te dignes ponerte? —Mae miró a Hatijah: era ella quien debería decirle esto— Tienes otra ropa, ropa vieja, ¡Póntela!

La chica la miró con más insolencia aún.

Mae perdió los nervios.

—Yo no trabajo para cerdas. No habéis pagado nada hasta el momento. Si sigues así, me marcho ahora mismo y le doy el vestido a otra. Ponte lo que quieras en la graduación. Vete desnuda como una furcia, a mí me da igual.

Sezen se dio la vuelta y caminó despacio hacia la otra habitación.

Hatijah, la madre, todavía agachada sobre la tetera, hervía más agua para diluir el concentrado de hojas de té. Vivía a base de té y de maíz quemado del que se daba al ganado. Tenía una mirada bovina, perdida. Desatendida, la cabra seguía quejándose como un bebé.

Mae se sentó y resopló estresada. ¡Qué semanita! Miró el vestido de Hatijah. Estaba hecho con parches de camisas viejas de su marido, muy bien cosidos. Cosía muy bien. Ella no, y con tanto cambio, se sentía sobrepasada por el trabajo. Tuvo una idea.

—¿Te interesaría trabajar para mí? —le preguntó Mae. Hatijah la miró asustada y halagada a la vez y le dijo que tendría que preguntárselo a su marido. Al final accedió a terminar tres de los vestidos.

Todo va a tener que cambiar, pensó Mae, intentando convencerse a sí misma.

Aquella noche Mae trabajó casi hasta el amanecer en los otros tres vestidos.

La máquina de coser, vieja y ruidosa, estaba en silencio en un rincón. Servía para el trabajo más duro, pero no para un acabado fino, no para un vestido de graduación.

La luz eléctrica la deslumbraba como una jaqueca, mientras su marido, Joe, roncaba. Arriba, en el desván, su hermano Siao y su padre roncaban también, como venían haciéndolo en los últimos veinte años. Por la mañana, correrían al aljibe a lavarse, cubriendo sus partes con una toalla.

Mae miraba la boca abierta de Joe con intriga. A los 16 años, era uno de los más guapos del pueblo, alocado y muy listo. Llevaban casados un año cuando fueron juntos por primera vez a *Yeshibozkent*, donde él fue a trabajar durante la temporada entre las cosechas, construyendo una casa. Allí Mae conoció al prototipo de hombre listo de ciudad, un acupuntor adinerado. Vio a su marido acosado, vio cómo le hacía quedar como un tonto, cómo le preguntaba cosas que no sabía responder. El acupuntor le hizo repetir el trabajo. En *Yeshibozkent*, su atractivo marido no era más que un bobo.

Así las cosas, ahora eran ya dos personas de mediana edad. Su hijo Lung era un oficial del ejército. Lo habían destinado a *Balshang*. Le enviaba paquetes de peladuras de naranja para hacer popurrís; le enviaba tarjetas y cerillas en cajas

de fotos. Había conocido a una chica de ciudad: Lung no pensaba volver, y había arrastrado a su hija Ying a su mundo. Se había ido con él, le había presentado a algunos oficiales en prácticas y al final se había casado con uno de ellos. Vivía en unos alojamientos militares, en un pequeño bungalow con baño.

A esta hora de la mañana, Mae podía oír el riachuelo que descendía en cascada hacia el valle. En ese momento se oyó un portazo en el extremo norte de la aldea. Sabía que era el muecín, el señor Shenymar. Iría andando a través del pueblo hasta la mezquita. Un perro comenzó a ladrarle; el de la señora Doh, en el puente.

Mae sabía que Kwan estaría ahora en brazos de su marido, y que era hermosa porque pertenecía a la tribu *Eloi*. Todos los *Eloi* tenían unos rasgos finos. A su marido Wing no le importaba y nadie lo mencionaba ya, pero Mae la veía temblar cuando dormía, tenía sueños, visiones, Su sangre tribal la transformaba de noche como si tuviera otra vida oculta, más salvaje.

Mae sabía también que el hijo de Kwan, limpio y atlético, estaría durmiendo como un bebé en su cama, acunando a su hermano menor.

Sin verlo, se imaginaba la Luna y las nubes sobre el pueblo. La Luna brillaría en el agua de las acequias que una vez transportaron los barquitos de los deseos. Habría velas viejas en el fondo del barro.

Entonces, la voz triste y lenta del muecín comenzó a cantar. Incluso amplificada, la voz era profunda y suave, aterciopelada para dejar dormir al infiel. En los establos, las vacas se agitarían. Los animales caminarían solos hasta la plaza del pueblo, para lamer sal y esperarían allí a que las llevaran a los pastos del valle. Por la tarde, volverían solas a casa. Mae oyó el primer cencerro.

En aquel momento algo entró en la habitación, algo que no quería ver, oscuro e imponente como un perro negro con espuma en la boca que se sentó en un rincón y se instaló, sin nombre aún.

Empezó a coser más rápido.

Los seis vestidos se terminaron a tiempo, cada uno de un color.

Mae echó a correr descalza en su prisa por entregarlos. Las madres se inclinaron adormiladas con agradecimiento. Las hijas la esperaban con ansiedad, como agua de mayo.

Todo salió bien. Los chicos se agruparon bajo las pancartas, incluido el hijo de Kwan, Luk, Sezen, los diez niños del pueblo, todos sonrientes. Por un momento pareció un cartel oficial que anunciaba un futuro valiente, de mejillas sonrosadas y dentadura perfecta.

El profesor Shen leyó en alto todos los méritos. Sezen no tenía ninguno, excepto el de cría de ganado, pero también recibió un aplauso al recoger el certificado. Entonces el amigo de Mae, Shen, hizo algo especial.

Comenzó a hablar de una amiga de todos en el pueblo, la persona que había dedicado más tiempo a esta ceremonia que nadie y cuya única ilusión era darle un aire de belleza a esta pequeña población. La costurera que trabajaba solo para adornar a otra gente...

Estaba hablando de ella.

... Alguien que se ha dedicado en cuerpo y alma a las hijas y a las madres de pobres y ricos, repartiendo siempre amabilidad y buena voluntad.

El pueblo entero la aplaudió, bajo las nubes blancas, el cielo azul. Todos le sonreían. Alguien, quizá Kwan, la empujó por detrás y dio un paso adelante.

Y su amigo Shen sostenía un certificado para ella.

—En nuestros tiempos, señora Chung —dijo— no había escuelas para nosotros, no después de nuestra más tierna infancia. Así que, este certificado de graduación es para usted. De todos sus amigos. Es en *Estudios de Moda y Belleza*.

Aplaudieron. Mae trató de hablar pero la voz le salió entrecortada. Vio las caras sonriéndole, frente a ella, amigos y enemigos, familiares o no, todos juntos.

—No lo esperaba —dijo al fin, y todos se rieron. Miró el certificado, sorprendida del poder que tenía, asombrada de lo que le importaba no tener estudios. No supo leerlo—. No tengo estudios para dedicarme a la moda, ya lo sabéis.

Ellos sabían muy bien que lo hacía por ganar dinero y lo precariamente que mantenía el equilibrio.

Algo se agitó, como el viento en las nubes.

—A partir de mañana puede que no necesitéis una consultora de belleza. A partir de mañana todo va a cambiar. Nos van a instalar televisión en la cabeza, todo el conocimiento que queramos. Podremos hablar con el presidente, podremos imaginar que pedimos coches a Tokio. Todos seremos expertos en cualquier materia—Miró su certificado, escrito a mano, tan pequeño.

Mae se dio cuenta de que estaba furiosa; su voz parecía provenir de su estómago, era una octava más baja.

—Estoy segura de que es algo bueno. Estoy segura de que la gente que lo hace piensa que es algo bueno. Se preocupa por nosotros, como si fuéramos niños. —La sangre le latía con furia en los ojos—. No tenemos tiempo para televisiones u ordenadores. Nos enfrentamos al sol, a la lluvia, al viento, a la enfermedad y a los demás. Está bien que quieran ayudarnos. —Quería agitar su certificado; deseaba ser uno de ellos, uno de los que han conseguido algo—. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo se atreven a llamarnos *los-que-no-tienen?*